# 3

# CRISTO, EL MISTERIO DE DIOS

«Y a Aquel que es poderoso para estableceros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, conforme a la revelación del misterio que ha sido guardado en secreto por las edades sin fin, pero (que) ahora es manifestado y (que) por medio de las escrituras de los profetas, conforme al mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las naciones para (guiarlas a) la obediencia de la fe; al único Dios sabio, por medio de Jesucristo, sea la gloria para siempre. Amén» (Ro. 16:25-27).

El maravilloso *misterio de Dios* es lo que Dios ha hecho y hará a través de Jesucristo. El misterio de Dios no es otra cosa que la mismísima persona de Cristo y todo lo relacionado con ella:

1) La proclamación del reino (Mr. 4:11).
2) El escándalo y la locura de la Cruz (1 Co. 1:18-25), que sin embargo revela la suprema sabiduría de Dios (1 Co. 2:1s), oculta por los siglos pero ahora disponible por el ministerio del Espíritu Santo, que nos capacita para entender, al menos

en parte, la mente del Señor, o sea, la mente de Cristo (1 Co. 2:16).

3) La predicación de la salvación por fe en Jesucristo, el Evangelio (Ro. 16:25; Ef. 6:19), que debe ser realizada por los siervos de Jesucristo, que forman su Iglesia (Ef. 3:8-13; cf. v. 10).
4) La relación inefable entre el Señor y su Iglesia (Ef. 5:32), la Cabeza y el Cuerpo.
5) La transformación y glorificación de los creyentes en la Segunda Venida del Señor (1 Co. 15:51s).

Sin embargo, el misterio de Dios no ha sido aún completamente revelado. Todavía no podemos sino casi intuitivamente arañar su superficie. Conocemos con certeza algunos hechos importantes —lo necesario para la salvación—, pero estamos muy lejos de conocer las cosas de Dios como Él conoce las nuestras (1 Co. 13:12). El resumen, en forma de himno, que Pablo da en 1 Ti. 3:16 es ilustrativo: Dios se ha manifestado en carne, es decir, se ha hecho hombre; el Espíritu Santo da testimonio de ello (en el bautismo, en la transfiguración, en Pentecostés, y actualmente en el corazón de todo creyente); los ángeles lo presenciaron (en la concepción, en el nacimiento, [Lc. 2:8-15], tras la tentación, [Mt. 4:11], en la resurrección, y actualmente en la adoración celestial [He. 1:6]); la proclamación y aceptación del evangelio por todas las naciones (1 P. 2:9s; Ap. 5:9), y la ascensión del Señor a los cielos (Hch. 1:9s).

Mas sólo tras la última trompeta será cumplido, completamente revelado, el misterio de Dios (Ap. 10:7; cf. 1 Co. 15:52; 1 Ts. 4:16). Esta revelación final, que podemos recitar pero difícilmente imaginar en su inmensidad y significado, es que, «en el cumplimiento de los tiempos», Dios reunirá «todas las cosas en Cristo, (tanto) las (que están) en los cielos (como) las (que están) en la tierra» (Ef. 1:9s). Juan lo expresa así: «El reino del mundo ha venido a ser (el reino) de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos» (Ap. 11:15). ¡*El misterio final, pues, es que el Padre comparte plenamente su reino con su Hijo Jesucristo, y que ambos serán igualmente templo y luz eternos en la Jerusalén celestial*! (Ap. 21:22s).

# 4

# SIGNIFICADOS BÁSICOS DE LA FILIACIÓN DIVINA

En el N.T. el Señor Jesús es llamado «el Hijo de Dios» (o su filiación divina queda implícita) en más de cien ocasiones. Cabe preguntarse: ¿En qué sentido Jesús es Hijo de Dios?; ¿cuál es la esencia de la filiación divina? Hay dos aspectos dignos de mención.

En primer lugar, como señala Cullmann,[12] implica la absoluta sumisión del Hijo a la voluntad de su Padre celestial (v.g., Jn. 4:34); su compromiso con la obra de su Padre (v.g., Jn. 5:17); su negativa a desobedecer los mandamientos del Padre (cf. las Tentaciones). Por parte del Padre, implica su total complacencia con la obediencia de su Hijo (Mt. 3:17; 17:5; Jn. 5:19s). Por esta relación paterno-filial Jesús pudo decir «el Padre es mayor que yo» (Jn. 14:28), y pudo hablar de Él como de «mi Dios» en un sentido especial y único (Jn. 20:17; Ap. 3:12). Es bajo esta luz que deben entenderse pasajes como 1 Co. 3:21-23; 8:6 y Ap. 1:6.

En segundo lugar, el Hijo de Dios goza una relación absolutamente única de amor mutuo con el Padre (Jn. 3:35; 5:20; 10:17; 14:31; 15:9), y comparte el infinito conocimiento de su Padre (Jn. 5:20).[13] Por la obediencia del Hijo, Dios le ha dado toda autoridad en el cielo y

en la tierra (Mt. 28:18; cf. Lc. 10:22). Esta relación también implica «participar totalmente en la divinidad del Padre».[14]

El N.T. deja claro que Jesús afirmó ser el Hijo de Dios en un sentido único y sin precedentes. Es el único, o unigénito, Hijo del Padre (Jn. 3:16, 18). San Juan traza una diferencia sutil pero muy importante entre el Único *Hijo* (gr. *hyios*) y todos los creyentes, quienes han devenido hijos (gr. *tekna*) de Dios (Jn. 1:12; 11:52; 1 Jn. 3:1, 2, 10; 5:2). Jesús es el Hijo de Dios por derecho propio; los creyentes somos hijos por gracia, en un sentido subordinado. Juan nunca llama *hyioi*, Hijos, de Dios a los creyentes; para él no hay sino un Hijo de Dios.

Dios ha elegido revelarse en nuestro propio lenguaje. La expresión «Hijo de Dios» es una analogía o semejanza comprensible de la relación entre Jesús y su Padre. Aunque las analogías no deben exagerarse, en este caso es claro que la semejanza o punto de comparación se basa en el amor mutuo, la sumisión del Hijo, *y la participación en la naturaleza de su Padre.* ¡Si así no fuese, un título como «siervo de Dios» hubiera sido suficiente para describir a Cristo! Pero su relación con el Padre dista de agotarse en la obediencia. Del mismo modo en que la expresión «hijo de hombre» significaba originalmente[15] un miembro de la humanidad, un ser humano (v.g., Sal. 8:4; 33:13; Ez. 2:1), la expresión «Hijo de Dios» tal como se aplica a Jesús en el N.T. no puede ser reducida a «uno que obedece la voluntad de Dios», o «uno que es amado por Dios». La filiación divina de Jesús ciertamente incluye esto, pero implica mucho más. Un hombre puede crear una obra de arte, pero no puede crear un hijo; él puede, sin embargo, engendrar un hijo, que desde luego poseerá *la misma naturaleza*



*que su padre.* Si el título «Hijo de Dios» considerado analógicamente significa algo, la conclusión inevitable es que el Hijo de Dios es asimismo Dios.

La afirmación precedente es apoyada por las siguientes observaciones:

1. Los judíos comprendieron claramente que al llamar a Dios su Padre, Jesús estaba afirmando su propia divinidad (Jn. 5:18; 10:33). En Jn. 5 los judíos hacen dos acusaciones contra Jesús: primero, que estaba quebrantando el descanso del sábado, lo cual era verdad (Jn. 5:17; según Mt. 12:8, el Señor se había declarado a sí mismo Señor del sábado; y en Jn. 5 no niega la acusación, sino que justifica su proceder). Segundo, que se estaba considerando igual a Dios, lo cual lógicamente debe también tomarse como verdadero. Es característico del Evangelio de Juan que si surge un malentendido, el evangelista lo subraya (v.g., 2:20; 6:52). Pero aquí no hay ningún malentendido, como lo demuestran las respuestas de Jesús. Él no refuta las conclusiones de los judíos, ni sugiere la existencia de un malentendido. Por el contrario, Jesús subraya y fundamenta su derecho a ser llamado Hijo de Dios en un sentido único (Jn. 5:19-47), o justifica sus aparentemente exorbitantes pretensiones con una paradoja o enigma (Jn. 10:34-38): si aquellos a quienes les fue concedida una sola de las prerrogativas de Dios, a saber, la de juzgar, son llamados «dioses» por la Escritura (cuya autoridad es indiscutible), ¿cuánto más Aquel que fue enviado directamente por el Padre celestial debe con toda propiedad ser llamado Hijo de Dios? Nótese bien que Jesús no contrapone «hijos de Dios» a «Hijo de Dios», ni «dioses» a «Dios», sino «dioses» a «Hijo de Dios», como si los términos fuesen equivalentes.

2. Los israelitas fueron llamados «hijos de Dios» en el A.T. (v.g., Dt. 14:1; Jer. 3:19; Is. 1:2; 30:1, 9, en contexto de juicio; Os. 1:10, «hijos del Dios viviente»). Israel como nación también es llamada Hijo de Dios (Éx. 4:22; Os. 11:1). La noción complementaria de Dios como Padre también está nítidamente presente en el A.T. (Dt. 32:6; Jer. 3:4; 31:9; Mal. 1:6; 2:10).

En el judaísmo del tiempo de Jesús la paternidad de Dios era también explícitamente reconocida en bendiciones y plegarias como las *šemoneh 'esreh* (Dieciocho Bendiciones)[16]. Ahora bien, si todos los israelitas reconocían a Dios como Padre, y se consideraban a sí mismos hijos de Dios, ¿por qué fue Jesús acusado de blasfemia cuando afirmó ser el Hijo de Dios?; ¿por qué fue ésta la acusación decisiva en el juicio ante el Sanedrín (Mt. 26:63-66; Mr. 14:61-64; Lc. 22:70s)? La respuesta más razonable está en lo que Juan nos dice que los judíos entendieron claramente, a saber, que al afirmar ser el Hijo de Dios, en un sentido único, Jesús se estaba igualando con Dios.



# 5

# EL QUE ES COMO DIOS ES, Y OBRA COMO OBRA DIOS

Muchas de las expresiones usadas por nuestro Señor para describir su propia persona y su obra no son sino ecos de afirmaciones que se hacen acerca de Yahveh en el A.T., como lo demuestran los ejemplos que se observan en la Tabla I (p. 46).

Jesús actúa como quien tiene autoridad para llevar a su plenitud la ley dada a Moisés por el mismísimo Yahveh (Mt. 5—7); se declara Señor del Día de Reposo y de sus discípulos; afirma tener autoridad para perdonar pecados (Mr. 2:10), una prerrogativa divina, y para gobernar y juzgar los cielos y la tierra.

Se ha señalado, a mi juicio correctamente, que Jesús no estaba citando Éx. 3:14 cada vez que dijo «yo soy» (gr. *egō eimi)*.[17] Sin embargo, aun considerando Jn. 8:58, «antes que Abraham naciera, yo soy», como una simple declaración de preexistencia —lo cual es dudoso—, es difícil negar una relación entre el nombre de Dios revelado a Moisés en Éx. 3:14, «Yo soy», y ciertos dichos de Jesús registrados en el cuarto Evangelio, el único Evangelio que además declara *explícitamente* la divinidad de Jesús (Jn. 1:1; 20:28). Juan cita los siguientes dichos de Jesús:

«...porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados» (Jn. 8:24).

«Cuando levantéis al Hijo del Hombre, entonces sabréis que yo soy» (Jn. 8:28).

«Os lo digo desde ahora, antes de que pase, para que cuando suceda, creáis que yo soy» (Jn. 13:19).

Algunas traducciones agregan una o más palabras con el fin de «aclarar» el sentido de estos dichos. Así, la versión inglesa KJV dice: «si vosotros no creéis que yo soy (aquel)», y la moderna NIV: «si ustedes no creen que yo soy (quien digo ser)», en Jn. 8:24; y similarmente en Jn. 8:28 y 13:19. Sin embargo, en el griego se lee simplemente *egö eimi*, «yo soy», como traducen correctamente BA, BJ, RV 1960, 1977 y Actualizada, BNC (en Jn. 8:28 y 13:19) y BLA. Las versiones BJ y BLA reconocen implícitamente la conexión, pues colocan Yo Soy, con mayúsculas (y en cursiva en el caso de la BLA). Otras versiones reconocen aún más claramente que Juan relacionó estos «yo soy» absolutos con la declaración de Yahveh en Éx. 3:14. Así, la VP y su hermana inglesa TEV, BIC y NBE dicen en estos pasajes de Juan «Yo soy el que soy». La traducción de la NBE es muy interesante porque su traductor, Juan Mateos, es un destacado erudito y coautor de un extenso comentario lingüístico y exegético sobre el Evangelio de Juan.[18] El P. Auzou resume bien la cuestión cuando dice:

«En el cuarto Evangelio... una utilización insólita de la expresión *egö eimi*, "yo soy", difícilmente se explicaría sin la referencia a Éx. 3:14, 15... esos "yo soy" sin predicado nominal, sin complemento, sin relativo, son el equivalente de YHWH».[19]



Otro dato que apoya también la idea de un vínculo cierto entre estos dichos y Éx. 3:14 es la curiosa reacción de Judas y sus secuaces en el prendimiento de Jesús, un episodio que sólo ha sido registrado por Juan:

«Entonces Judas, tomando la cohorte (romana), y a (varios) oficiales de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allá con linternas, antorchas y armas. Jesús, pues, sabiendo todo lo que le iba a sobrevenir, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Ellos le respondieron: A Jesús el Nazareno. Él les dijo: Yo soy. Y Judas, el que le entregaba, estaba con ellos. *Y cuando Él les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron a tierra*» (Jn. 18:3-6).

¿Cómo puede semejante reacción ser provocada por una simple afirmación de identidad? Juan no lo explica, pero sin duda debe de haber tenido buenos motivos para narrar este acontecimiento que los otros evangelistas no mencionan. He aquí una compañía de aguerridos veteranos y oficiales, armados hasta los dientes, que retrocede y cae a tierra ante las simples palabras «yo soy». No tiene visos de realidad un episodio en el que un grupo de rudos soldados en busca de un hombre desarmado haya de retroceder y caerse al piso cuando el hombre que buscan se identifica a sí mismo, a menos que en las aparentemente simples palabras haya mucho más que una mera afirmación de identidad humana.

TABLA I

**Algunos ejemplos de afirmaciones de Jesús acerca de su propia persona, comparadas con afirmaciones acerca de Yahveh.**

| *Jesucristo* | *Yahveh* |
|---|---|
| Yo soy la luz del mundo (Jn. 8:12; 9:5). | Yahveh es mi luz y mi salvación (Sal. 27:1; cf. 18:28; 89:15). |
| Yo soy el buen pastor (Jn. 10:11, 14). | Yahveh es mi pastor (Sal. 23:1).<br>Pastor de Israel, escucha (Sal. 80:1; cf. Gn. 49:24). |
| El que cree en mí, *como ha dicho la Escritura*: «de lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva» (Jn. 7:38). | ... el manantial de aguas vivas, Yahveh (Jer. 17:13; 2:13; cf. Éx. 17:6; Is. 44:3, etc.). |
| Yo soy el camino, la verdad, y la vida (Jn. 14:6). | Dios es perfecto en sus caminos (Sal. 18:32; cf. v. 21; Prov. 10:29).<br>(Yahveh), Dios de verdad (Sal. 31:5; cf. Is. 65:16; Dt. 32:4, etc.).<br>Yahveh Dios formó al hombre... e insufló en sus narices aliento de vida (Gn. 2:7; cf. 1 S. 2:6; Sal. 41:2). |



# 6

# CRISTO COMO CREADOR E IMAGEN DE DIOS

San Juan afirma que todo fue creado por medio de (*dia*) Cristo (Jn. 1:2), y en Apocalipsis 3:14 le llama el Origen (RVA) de la creación de Dios. Pablo dice que Cristo es «el primogénito (gr. *prötotokos*) de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, (tanto) en los cielos (como) en la tierra, visibles e invisibles... todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen» (Col. 1:15-17; cf. Sal. 119:91).

La misma enseñanza puede hallarse en la carta a los Hebreos: (el Hijo), «por medio de quien hizo también el mundo», «sostiene todas las cosas por la palabra de su poder» (He. 1:2s; cf. vv. 10-12). Aquí, como en las enseñanzas de Juan y de Pablo, Cristo es claramente distinguido de la Creación de Dios: no es parte de ella, ella fue hecha por medio de Él, Él está por encima de todo lo creado. Debido a todo esto, y también al hecho de que lo que ha sido creado lo ha sido para Él, el «heredero de todas las cosas» (He. 1:2), es que Jesucristo es llamado el Primogénito de la Creación (Col. 1:15; cf. He. 1:6). Si los escritores del N.T. hubiesen querido enseñar que Jesucristo fue creado antes que todas las otras cosas

creadas (como tendenciosamente traduce la TNM en Col. 1:16s), podrían haber empleado la palabra *prötoktistos*, que significa «primero en ser creado».[20]

El término Primogénito en este contexto es un título que implica plenos derechos de propiedad, soberanía y preeminencia; en He. 1:6 se le llama simplemente «el Primogénito», sin otra aclaración. Bartels está completamente acertado cuando escribe:

> «Como título de honor para Jesús, *prötotokos* expresa más claramente que casi cualquier otro (título) la unidad de la voluntad y de los actos salvíficos de Dios: "el primogénito de toda la creación", "el primogénito de los muertos" (Col. 1:15, 18), "el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29; cf. He. 12:23). Creador y redentor son una misma cosa, el todopoderoso Dios en Jesucristo, "el primero y el último", "el principio y el fin", quien liga a los suyos consigo mismo desde la eternidad, y es la seguridad de la salvación de ellos, si permanecen en Él... en el hombre Jesucristo, Dios ha traído a su clímax su divino poder y su gloria (Col. 1:19s), y le ha permitido a la Iglesia participar de ellos»[21].

Como Hijo Único de Dios, Jesús es Dios, como su Padre; como Primogénito, tiene poder y autoridad sobre la Creación, sobre la vida y la muerte, y sobre su Iglesia (Jn. 8:35; Hch. 3:15; 5:31; Ro. 8:29; He. 2:10; 3:5s; 12:29; Ap. 1:5).

Es muy ilustrativo comparar lo que san Pablo dice de Dios en Ro. 11:36 con lo que dice de Jesucristo en Col. 1:16; el apóstol emplea similares preposiciones griegas en ambos casos:[22]



| *Dios* | *Jesucristo* |
|---|---|
| Porque de (*ek*) Él, y por (*dia*) Él y para (*eis*) Él son todas las cosas. | Porque en (*en*) Él fueron creadas todas las cosas... todo ha sido creado por medio de (*dia*) Él y para (*eis*) Él. |

Sostener, como lo hacen los Testigos de Jehová, que «este Hijo "Primogénito" participó con Jehová en crear todas las demás cosas»[23] no contribuye a negar la divinidad de Jesucristo, sino, por el contrario, a *afirmarla.* Esto se debe a que la Biblia enseña que la creación fue hecha de Dios, por Dios y para Dios. Yahveh estuvo solo en esta tarea; la Santa Trinidad no necesitó ayuda alguna en esta inmensa tarea, como está claramente escrito: «Así dice Yahveh, tu redentor, el que te formó desde el seno. Yo, Yahveh, lo he hecho todo, yo, solo, extendí los cielos, yo asenté la tierra, sin ayuda alguna» (Is. 44:24).

Jesucristo es también descrito como la misma imagen de Dios, aquel en el cual mora corporalmente la plenitud de cuanto Dios es (Col. 1:15, 19; 2:9). Pablo dice que somos iluminados por el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo (2 Co. 4:4-6). En Hebreos se dice de Jesús que es «el resplandor de su gloria y la expresión exacta (gr. *charakter*) de su naturaleza...» (He. 1:3). Sobre este versículo, el profesor Bruce comenta:

> «Él es la misma imagen de la sustancia de Dios —la impronta de su ser—. Así como la imagen y la inscripción de una moneda corresponden exacta-

mente al molde... lo que Dios es esencialmente, se hace manifiesto en Jesucristo».[24]

¿Qué quiere decir el apóstol Pablo cuando en Col. 2:9 afirma que en Jesucristo la plenitud de Dios habita en forma corporal? ¡Difícilmente podría imaginarse una declaración de la divinidad de nuestro Señor más fuerte que ésta! Barry subraya que «aquí casi cada una de las palabras es enfática».[25] En el griego se lee:

*en autö katoikei* (en él mora, tiene su hogar)
*pan to pleröma* (la más completa plenitud)
*tes theotëtos* (de la Deidad = Dios)
*sömatikös* (corporalmente)

En un diccionario de términos teológicos de autoridad reconocida, J. Stafford Wright dice:

> «*theiotes* (Ro. 1:20) significa deidad: "La naturaleza invisible de Dios, a saber, su poder eterno y su deidad han sido claramente percibidas en las cosas que han sido hechas"... *theotes*, deidad, divinidad (Col. 2:9), es una palabra *más fuerte* y se utiliza como sustantivo abstracto para *theos* (Dios) en relación con la encarnación».[26]

Por lo tanto, la solemne declaración de Col. 2:9 no puede ser torcida: o se rechaza, o se acepta en todo su valor. ¡El apóstol afirma que en el cuerpo glorificado de Jesucristo, Dios habita verdadera, permanente y plenamente!

En Filipenses 2:5-11 Pablo describe tres estadios sucesivos en la existencia de Jesucristo:[27]



| | |
|---|---|
| I. *Preexistencia divina y «vaciamiento»* (cf. Jn. 1:1, 14, 18; He. 1:1-12) | Aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo. |
| II. *Encarnación y humillación* (cf. He. 2:7, 9; 2 Co. 8:9) | Haciéndose semejante a los hombres. Y hallado en forma de hombre, se humilló a sí mismo al hacerse obediente hasta la muerte (y muerte de cruz). |
| III. *Exaltación* (cf. Mt. 28:20; Ro. 14:11) | Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre. |

La mención de la preexistencia de Jesús «en forma de Dios» señala insoslayablemente la divinidad del Hijo. En el v. 7 el apóstol dice que Cristo «tomó forma de siervo», con lo cual se refiere sin duda a que se hizo hombre (v. 8), un verdadero y perfecto miembro de la raza

humana (aunque sin pecado, He. 4:15). Ahora bien, si las expresiones «tomar forma de siervo»,y «hallarse en forma de hombre» significan que Cristo adquirió una verdadera naturaleza humana, la expresión análoga y paralela, que «existía en forma de Dios», no puede significar otra cosa que «era Dios». Por ello, algunas versiones como la BJ traducen «el cual, siendo de condición divina...». Si Jesucristo no hubiese sido Dios, no hubiera podido despojarse del modo de existencia divino, porque nunca lo hubiera tenido. Además, es necesario subrayar el *contexto* en el que se halla inserto este profundo y bellísimo himno cristológico: los vv. 1-5 de Filipenses 2 son un llamado a la generosidad y al renunciamiento que Pablo hace a todos los creyentes. Para subrayar su enseñanza, el apóstol pone al Señor Jesús como supremo modelo de renunciamiento y de generosidad, una generosidad precisamente caracterizada por la renuncia voluntaria a aquello que *por pleno derecho le pertenecía*, a saber, el «ser igual a Dios». Por amor a nosotros, el Señor dejó temporalmente aquella forma inefable de existencia; con igual renunciamiento deben proceder los creyentes (v. 4), no buscando su propio interés, sino el del prójimo. Lo anterior no significa, por cierto, que en la encarnación Jesucristo haya dejado de *ser* Dios, del mismo modo que en su actual estado de glorificación el Señor tampoco ha dejado de *ser* hombre.

En 1 Timoteo 2:5 Jesucristo es llamado el Mediador entre Dios y los hombres. Para que esta mediación pudiera tener lugar, Cristo tuvo que hacerse hombre. Pero, en cambió, Él no necesitó hacerse Dios (si esto fuera posible), pues ya lo era por naturaleza. A propósito, lo antedicho es una de las ideas fundamentales de la carta a los Hebreos: Jesucristo es nuestro perfecto Sumo Sacerdote



según el orden de Melquisedec —el sacerdote es esencialmente un mediador— porque Él es tanto Dios como hombre. En Hebreos 1 se subraya fuertemente su perfecta divinidad, mientras que en 2:5-18 se describe claramente su perfecta humanidad. Estos capítulos constituyen la base teológica para el resto de las enseñanzas de la carta.